

Luciano Banchemo

FUTURO POP

Guía para vivir en un universo
de ciencia ficción



PALDÓS

Índice de contenido

Portadilla

Advertencia

Prólogo. Promesas del mañana, *Nicolás Artusi*

Prefacio

Introducción. El gran salto: por qué llegamos a la luna y podemos ir aún más lejos

Capítulo 1. El futuro es una patineta voladora: promesas incumplidas de la cultura pop

Capítulo 2. Internet se lleva puesta: postales de la vida hiperconectada

Capítulo 3. *Deux ex machina*: enfrentar a los robots o convertirnos en ellos

Capítulo 4. *Live in'* la vida logan: nada es para siempre, a menos que seas mutante

Capítulo 5. Al infinito y más allá: el espacio, la última frontera

Capítulo 6. Futuros que no: por qué no tenemos dinosaurios ni máquinas del tiempo

Epílogo. Todos somos sims: ¿y qué hacemos si nada de esto es real?

Agradecimientos

Bibliografía

Futuro pop

FUTURO POP

GUÍA PARA VIVIR EN UN UNIVERSO DE CIENCIA FICCIÓN

Luciano Banchero

Banchemo, Luciano

Futuro pop / Luciano Banchemo. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Paidós, 2017.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga ISBN 978-950-12-9639-6

1. Cultura Popular. 2. Ciencia Ficción. 3. Innovación Tecnológica. I. Título.

CDD 607

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta SAIC

Ilustración de cubierta: Santiago Barrionuevo Edición: Nicolás Miguez Todos los derechos reservados © 2017, Luciano Banchemo © 2017, de todas las ediciones: Editorial Paidós SAICF

Publicado bajo su sello PAIDÓS®

Independencia 1682/1686,

Buenos Aires – Argentina

E-mail: difusion@areapaidos.com.ar www.paidosargentina.com.ar Primera edición en formato digital: octubre de 2017

Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite ISBN edición digital (ePub): 978-950-12-9639-6

La imaginación nos llevará a menudo a mundos que nunca existieron. Pero sin ella no podemos llegar a ninguna parte.

CARL SAGAN

“¿Por qué quisiste subir al Monte Everest?”

Esta pregunta le fue hecha a George Leigh Mallory, quien estuvo con ambas expediciones hacia la cumbre de la montaña más alta del mundo [...]

y él dio como razón insistir en estos repetidos intentos de alcanzar la cima: “Porque está ahí”.

The New York Times, 18 de marzo de 1923

ADVERTENCIA

Lectoras y lectores del futuro:

El siguiente libro está basado en hechos reales. Pero en hechos que todavía no ocurrieron y puede que nunca ocurran. O sí.

En estas páginas no van a encontrar futurismo ni predicciones, sino un catálogo de ideas de mentes brillantes que supieron interpretar su presente para crear inmortales parábolas pop sobre las posibilidades del mañana.

Tampoco es un libro de ciencia. Podría decirse que está más cerca de ser un libro de historia... con la singularidad de que investiga y reporta la historia de algunas cosas que aún no sucedieron en el momento de ser escrito.

Por lo tanto, es probable que, al ser leído a la distancia, años y décadas en el futuro, muchos de los sucesos que se plantean en estas páginas hayan tomado una forma diferente o, simplemente, no hayan pasado.

Por lo menos, en este universo.

No lo juzguen pensando en la eventual veracidad de su contenido, sino en el potencial de la humanidad curiosa, optimista e incansable que retrata. Porque si hay una certeza que tenemos sobre el futuro es que, como dijo Yoda, siempre está en movimiento.

PRÓLOGO

PROMESAS DEL MAÑANA Encuadernada en tapas de tela verde rugosa, se me plantaba desafiante desde la estantería del abuelo: en la maraña de circuitos, tubos y válvulas del taller de reparación de televisores, era el único material impreso y yo, tempranamente fascinado por el papel y la tinta, me perdía entre sus páginas en las tardes ociosas. La enciclopedia *Tecnirama*, dedicada a todas las cosas conocidas y aún desconocidas de la ciencia y la tecnología, era un mamotreto verde de diez tomos repleto de textos, dibujos y presagios: publicada por la editorial Códex a principios de los sesenta, se aventuraba en un futuro pródigo de bondades mecánicas y eléctricas, la única clase de futuro que un tipo como mi abuelo, esencialmente un hombre técnico y optimista, podía concebir. Sentado en el mosaico del piso del taller, en la infancia, eternicé las tardes imaginando esas nociones del futuro cercano, un año 2000 con autos voladores y televisores que se colgarían de las paredes como cuadros. Pero en la adolescencia desprecié esos pronósticos por mentirosos.

El cambio de milenio se insinuaba con una profecía fatal de colapsos informáticos y apagones electrónicos, pero en las calles del centro o del barrio todavía circulaban autos de combustión interna tan arcaicos como el viejo Falcon de mi abuelo. En una familia como la mía, sin mayores herencias materiales, la enciclopedia *Tecnirama* fue legada a mi madre y hace poco, en mi adultez ya renegada del cinismo adolescente, volví a hojear los tomos verdes y tuve una epifanía: los televisores de aquellas ilustraciones son tan delgados como la pantalla LED que cuelga de la pared de la cocina y, aunque todavía los autos no vuelan, las sondas espaciales o la comunicación inalámbrica son profecías de la enciclopedia que el futuro sí cumplió.

“Cuando quiero tranquilizarme me refugio en el futuro”, escribió hace mucho un autor que admiro: en la promesa de reírse, dentro de diez años, de un presente angustioso conjura sus preocupaciones de hoy. Yo mismo, muchas veces desvelado por las cuitas del día, me duermo imaginando cuán insignificantes serán esas cuestiones una década más tarde. Acaso para conjurar mis ansias de futuro en la noche, el momento del día en que afloran las incertidumbres, invité a uno de mis más lúcidos amigos a imaginar un espacio de futurismo en mi programa nocturno de radio. Creo que buscaba respuestas a esas preguntas que no las tienen (“¿qué pasará dentro de diez años? ¿Querré entonces, como ahora, saber cómo será mi futuro y así será siempre?”). La pequeña columna periodística encontró un título grandioso: se llamó “Guía del viajero del futuro”, y se convirtió en un breve remanso semanal donde el porvenir se develó repleto de inventos y maravillas, de soluciones y milagros. Esas palabras lanzadas al aire toman aquí la forma concreta de un cohete impreso. El presente no es más que el futuro del pasado y esa simple comprobación empírica llevará consuelo al que tema catástrofes venideras o se desilusione ante los viejos presagios optimistas que todavía no se cumplieron.

Si es cierto que algunos añoramos la niñez porque era la época en que nos sentíamos inmortales, en ese anhelo in-

memorial se esconde el secreto del tiempo: en mis tardes infantiles junto a la enciclopedia *Tecnirama* auguraba para el mundo (para mí) un futuro lleno de posibilidades. Ahora deseo que este libro tenga el mismo efecto balsámico sobre sus lectores: la ilusión de un mañana que se imaginó ayer y será mejor que hoy. En la promesa, un consuelo: aunque parezca improbable que llegue el día en que las vacas vuelen, me gusta pensar que ya nació el niño que, cuando tenga la edad suficiente para sacar el registro, manejará un auto a 200 metros de altura. Mientras tanto, me propongo leer lo que sigue en el estado cero de la inocencia y, aunque la vida me haya enseñado que ni este mundo ni ningún otro serán eternos, conservo la certeza de que el mañana será mejor pero que, cuando llegue, seguiré preguntándome cómo será el futuro, y así siempre.

NICOLÁS ARTUSI, periodista y conductor de *Su atención por favor*, en Radio Metro 95.1

PREFACIO

Cuando era chico quería ser astronauta, Batman o periodista.

Lo primero es casi un lugar común. Somos muchos los que soñamos con viajar al espacio, desplazarnos en la microgravedad y explorar el cosmos, para luego enterarnos de que casi no hay astronautas argentinos y que, al menos para la NASA, es requisito ser ciudadano estadounidense. Así que adiós al sueño espacial.

Para ser Batman, más allá de las condiciones intelectuales y físicas, me faltan los traumas emocionales que lo llevaron a disfrazarse de murciélago y enfrentar a los criminales cobardes y supersticiosos. Para empezar, mis padres gozan de buena salud, así que tampoco califico para vengador nocturno.

Pero una de tres no está tan mal y como periodista hoy puedo escribir sobre las cosas que me apasionan. No sobre pavadas como política, economía y deportes, sino las realmente importantes y que de verdad nos definen, como la tecnología y la cultura pop.

Si este libro existe es gracias a que cada vez más gente está interesada en conocer un aspecto de la innovación tecnológica que no pasa por qué cámara tiene el *smartphone* que acaba de salir o cuál es la nueva app para levantar, sino por cómo los avances científicos que se están dando hoy van a cambiar nuestras vidas mañana.

Tampoco sería posible sin las grandes mentes creativas, tanto de la ficción como de la realidad, que pensando en el futuro hacen de este presente imperfecto un momento emocionante para estar vivo. Las siguientes páginas están dedicadas a esos nerds hermosos.

INTRODUCCIÓN

EL GRAN SALTO

Por qué llegamos a la Luna y podemos ir aún más lejos

Detrás de la escotilla, un hombre sacude su pie izquierdo con ansiedad. Pasaron más de siete horas desde el descenso del *Eagle* sobre la superficie y Neil Armstrong está inquieto. No hay tiempo para descansar, piensa, y solicita a la NASA adelantar el descenso sobre el Mare Tranquillitatis.

—Voy a bajar del módulo lunar —anticipa el astronauta, mientras repasa el pequeño discurso que ideó semanas atrás con su hermano, cuando aún estaba en la Tierra.

Armstrong solo tiene una oportunidad. Solamente se puede ser el primer humano en pisar la Luna una vez. La escotilla se abre, el comandante del *Apolo 11* desciende por la escalera y dibuja sobre el terreno azulado una huella que permanece hasta hoy. Es un pequeño paso para un hombre, pero un gran salto para la humanidad.

Fuimos a la Luna. Varias veces. Es un hecho. Si vamos a recorrer juntos estas páginas, está bueno establecer que, para este autor, cualquier teoría conspirativa que busque desmentir lo que pasó el 21 de julio de 1969, a 384.400 kilómetros de nuestro planeta, pertenece al ámbito de la especulación más delirante e insostenible. Quizás la falsa creencia de que aquel alunizaje, y todos los que le siguieron, fue apenas un montaje diseñado para embaucar a toda la humanidad, empezó a gestarse a la par de esa primera huella zurda sobre la superficie. Y está bien, la mayoría de los humanos son desconfiados por naturaleza. Descreer de

las versiones oficiales (al fin y al cabo, la NASA es una agencia gubernamental) es un instinto acertado. Pero insistir con una fábula que fue refutada en infinidad de ocasiones con evidencias contundentes es, básicamente, infantil.

Aunque tengo que reconocer que, pese a que del otro lado de la grieta los *conspiranoicos* están bastante flojos de papeles, la polémica lunar engendró varias piezas de dudoso carácter artístico (y nulo rigor científico), pero muy disfrutables, siempre y cuando uno esté dispuesto a apagar el cerebro para absorberlas. La mejor pieza de evidencia a favor de la falsa llegada a la Luna (al menos a nivel entretenimiento) es el documental *Room 237*, de Rodney Ascher. A lo largo de cien minutos, el cineasta presenta una serie de teorías sobre los posibles significados ocultos de uno de los grandes clásicos del séptimo arte: la película *El resplandor*, de Stanley Kubrick.

Basada en la novela de Stephen King, la obra muestra el descenso hacia la locura de Jack Torrance, un escritor frustrado que, buscando inspiración para su próximo libro, se aloja con su familia en un hotel que, según descubren de las peores maneras posibles, está tomado por los fantasmas de antiguos huéspedes; entre ellos un *bartender* asesino, dos gemelas con el mismo gusto en ropa y un pervertido disfrazado de oso. Esto con TripAdvisor se evitaba. Está quien sostiene que, detrás de esta fachada de historia de terror, se esconde una alegoría sobre el genocidio de los nativos americanos; el que señala que Kubrick intentó trazar paralelismos con el Holocausto, y otro que dedujo que el filme cobra un nuevo significado si se lo proyecta para adelante y hacia atrás a la vez, en un esfuerzo aún más engorroso que invertir los casetes de Xuxa en busca de mensajes satánicos.

El segmento más interesante (aunque no por eso el más creíble) es el que expone una teoría que circula desde hace años entre ciertas comunidades de la ciberparanoia: la que insiste en que *El resplandor* es, en realidad, una especie de catarsis de Stanley Kubrick por no poder hacer público su secreto más inconfesable. Que las imágenes que la especie